

Mila Oyarzún

La poesía femenina en Chile (1).



PARA realizar un estudio y dictaminar sobre esta fase de la literatura en Chile, hay que tomar en cuenta, como principal factor, la época en que actuó cada poetisa, y desde este punto de vista evaluar el mérito de sus producciones.

Durante la Colonia, y aun mucho después de establecerse la República, la instrucción que se le otorgaba a la mujer era limitadísima, encuadrada en un giro religioso, con impedimento de conocer obras que viniesen del extranjero, incluso lo de estudiar otro idioma que no fuera el propio; y es así como nos refiere don Joaquín Egaña que un sacerdote, a mediados del siglo pasado, no absolvió a una niña porque recibía lecciones de francés.

Esto, aparte que los mismos padres se oponían a que sus hijas aprendiesen a leer, en virtud de que aquello les podría servir más tarde para mantener correspondencia amorosa con sus posibles galanteadores. Don Domingo Amunátegui Solar, al enfocar el criterio de entonces, nos dice: «La instrucción perjudicaba a la pureza en la mujer».

En un medio cerrado a la comprensión de un ambiente espiritual más amplio, cuando los prejuicios sociales y los con-

(1) Conferencia dictada en la Universidad de Chile bajo el patrocinio del Departamento de Extensión Cultural, y en la Universidad de Concepción.

ceptos estrechos embotaban la sensibilidad, ¿a qué podían tender las actividades femeninas sino a producir excelentes dueñas de casas o seres profundamente piadosos?

Y fué en esta atmósfera, que mantenía el alma oprimida por un anillo de acero, en donde surgió la primera mujer de letras:

DOÑA MERCEDES MARÍN DE SOLAR

la que, posiblemente, tiene para nosotros un mayor valor histórico que literario, por ser la iniciadora de un movimiento lírico, enmarcado, sí, en el estilo de su tiempo, dentro de los clásicos moldes que nos venían de Europa.

Su educación, a base religiosa, no le impidió, sin embargo, vislumbrar otros horizontes. En obediencia a un anhelo interior, trató de cultivarse y buscó sus guías en la literatura del siglo de oro español y en los autores franceses de mayor renombre.

Con motivo del asesinato de Portales, ocurrido en 1837, apareció en «El Araucano» del 28 de julio de ese mismo año, un «Canto fúnebre» dedicado a dicho ministro, del que pueden citarse algunas estrofas meritorias, como, por ejemplo, la siguiente:

¡Salve, feliz y veneranda sombra!
¡Salve mil veces! Tu alma generosa
Otra mansión ocupa. Más grandiosa
Y digna de ocuparse. El suelo impuro
Que premia la virtud con fiera muerte
No mereció, Portales, poseerte.

Tanto por haber sido dedicado a un personaje muy discutido por sus contemporáneos, como por la calidad de sus versos en relación con la época, la publicación de este poema causó

una gran sorpresa. «El Mercurio» de Valparaíso y otros periódicos, patentizaron que ello significaba una verdadera revelación por su valor literario, y que desde ese instante doña Mercedes Marín de Solar era digna de recibir el homenaje que se le rinde a los espíritus selectos.

Sigue, después, en importancia su «Canto a la Patria», expresión de alto patriotismo, en un verso vibrante.

Su obra es, en general, de un carácter patriótico o religioso, en un estilo grandilocuente, ampuloso, siguiendo a Gallego y a Quintana, salvo cuando se inspira en sentimientos de amistad o en todo aquello que hiciera vibrar su intimidad para vaciarlo en un verso sencillo, como puede apreciarse en «A una rosa»:

Dime, rosa gentil, ¿quién ha tejido
el rico terciopelo de tus hojas?
y el suave aroma que en el aire arrojas
¿quién en tu puro cáliz ha vertido?

Su paso por nuestra tierra fué ligero, pues desapareció prematuramente; dejó, sin embargo, una fecunda semilla y un brillante ejemplo.

Su continuadora inmediata en importancia fué

DOÑA ROSARIO ORREGO DE URIBE,

quien no sólo cultivó la poesía sino que demostró una mayor actividad que su antecesora, porque abordó también la novela; con «Alberto el jugador»; y el periodismo al fundar, en 1873, «La Revista de Valparaíso».

Empezó colaborando en los periódicos de su tiempo con el pseudónimo de «Una Madre».

Su nota, como en doña Mercedes Marín de Solar, es de carácter patriótico, o inspirada en motivos familiares. La de mayor relieve es su composición «A mi hijo Luis» (El futuro

segundo comandante de la «Esmeralda», que se retiró como vicealmirante de nuestra Marina de Guerra).

Suelen deslizarse en sus versos algunos tintes prosaicos, influenciada tal vez por su labor periodística.

En 1879, la Academia de Bellas Letras de Santiago le otorgaba el título de socia honoraria, honor que recaía en una mujer por primera vez en Chile. Su incorporación la hizo con unas estrofas que tituló: «Contestación a la Academia de Bellas Letras de Santiago con motivo de mi nombramiento de académica», entre las que es digna de mencionar:

Hoy sólo llevo a la común arena
de inculta inspiración, pobre destello,
un alma que lo grande lo imagina
y un corazón para admirar lo bello.

Dejó otros versos, como «Desaliento», «La mujer», «A don Andrés Bello».

En 1880.

QUITERIA VARAS MARÍN,

que se consagró a las elegías, como por ejemplo: «A la muerte de don Gaspar Marín», «El día de difuntos», «A la muerte de don Lorenzo Zazié». Entre sus poemas de otra índole merece citarse «La chimenea», composición algo infantil, si se quiere, pero liviana:

La chimenea
es agradable,
es comfortable
la chimenea,
cuando en las noches
de cruda helada
su llama amada
chisporrotea.

En 1880, se perfila

DOÑA MARÍA DELFINA HIDALGO,

quien fué premiada en el Certamen Varela de 1887, por un conjunto de poesías «sugestivas, del tipo del poeta español Bécquer», según rezaban las bases del concurso.

Sus versos son sencillos, correctos, salvo uno que otro débil en su estructuración. En el total de su obra son acreedores a una cita especial: «Sabios», «La barquilla», «El poeta», etc.

Se dedicó también a la prosa: en 1887 fundó «La Aurora», además de escribir en revistas de su época.

Viene a continuación

DOÑA AMELIA SOLAR MARÍN DE CLARO,

hija de doña Mercedes Marín, con su obra «Recuerdos», en la cual sobresalen poemas como: «A mi madre», «A una violeta».

Le sigue

DOÑA GRACIELA SOTOMAYOR DE CONCHA,

que se inició con el pseudónimo de Lohengrin. Entre su producción anotamos «Campesina», tomado del ambiente sencillo de nuestra tierra. Es autora de: «Malía», 1898; «Un recuerdo de amor», poema dramático histórico en verso, 1922; «Luz de atardecer», 1940.

* * *

De 1842 a 1845, se define en Chile un verdadero movimiento literario, un afán de romper con las tradicionales normas españolas para recibir el influjo de los grandes románticos europeos: Lamartine, Víctor Hugo, Lord Byron, etc. Las escri-

toras que acabamos de mencionar siguieron en gran parte ese movimiento: fueron clásicas, pero también se tentaron con el romanticismo.

Con la revolución del 91, se abre un paréntesis de silencio en nuestra literatura, hasta que vuelve a brillar con «Ritmos» en la voz de *Pedro Antonio González*, el que puede ser considerado como el iniciador de la poesía moderna, el que dió la pauta de un anhelo de renovación, de otra inquietud, no vertida en las formas hasta entonces usadas. Con Rubén Darío se sigue a los parnasianos y a los simbolistas franceses.

En 1900 aparecen poetas de notoriedad: Pezoa Véliz y Antonio Orrego Barros cantan a los humildes, dándonos versos de un matiz criollista; Samuel Lillo, Diego Dublé Urrutia, Víctor Domingo Silva fijan su emoción en nuestra tierra, y varios otros que entran a marcar una era de mayor riqueza para nuestra literatura.

Entretanto, la poesía en la mujer continuaba ajena a una voz íntima, y hubo de esperarse hasta que en

GABRIELA MISTRAL

se mostrara una honda expresión, un acento con presencia interior, sin falsos pudores, porque la belleza en sí no los comprende.

Lucila Godoy Alcayaga empezó a colaborar a la edad de 15 años en el periódico «Coquimbo» de la Serena; más tarde en «Sucesos» y en «Zig-Zag». Pero su valor como poetisa llegó a ser considerado sólo con la aparición de «Los sonetos de la muerte», premiados en unos juegos florales en 1914; poemas que incorporó a su obra «Desolación», de la que nos ocuparemos más detalladamente.

Versos ya transparentes y armoniosos, ya ásperos en la intención de lograr intensidad, con acento bíblico, fuerte, cantante, que van desde la forma perfecta hasta sobrepasar los cánones literarios, con lo que da gran relieve a su sello personal.

Como muy bien dice Armando Donoso, «La pasión suele ser el mejor reactivo para la sensibilidad». Y es la pasión la que convirtió a esta poetisa en una alta expresión del amor, del dolor y de la muerte.

Del amor: en todas sus fases, como va por el mundo exterior y como llega a anidarse en el corazón de los hombres:

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol, y se prende al pinar.

.....

Gasta trazas de dueño, no le ablandan excusas;
rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciár.

.....

Tiene argucias sutiles en su réplica fina,
argumentos de sabios, pero en voz de mujer.

(«Amo-Amor»)

...su significación en esencia:

Es lo que está en el labio y no es el beso,
lo que rompe la voz y no es el pecho;
es un viento de Dios que pasa hendiéndome
el gajo de la carne volandera.

(«Intima»)

...la inquietud dolorosa que nos deja:

Siguió su marcha cantando
y se llevó mis miradas...
Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvias.

¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma.
¡Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!

(«Encuentro»)

...la transfiguración que provoca:

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

(«Vergüenza»)

... o aquella sensación de exclusivismo que tenemos con res-
pecto al amor:

Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada.

(«Dios no quiere»)

... y que persigue hasta más allá del umbral:

¡Ah! Nunca más conocerán tus brazos
el nudo horrible que en mis días puso
oscuro horror: ¡el nudo de otro abrazo!

(«Ceras eternas»)

... que produce hasta una alegría morbosa al sentirlo en la
muerte:

¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

(«Sonetos de la Muerte»)

Y pasa el amor en sus versos con toda la hondura huma-
na, el amor para el cual no importan las fronteras del dolor:

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando bajo ellas los ojos extasiados.

(«El ruego»)

Este sentir sólo significa placer en su apariencia, pero en
su intimidad nos deja angustiados, doloridos:

El amor nos fingió un lecho, pero era
sólo tu garfio vivo y tu leño desnudo.

(«La cruz de Bistolfi»)

Como en toda mujer, vibra en ella la substancia de madre:

Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

(«El niño sólo»)

Y la nota por la ausencia del hijo se hace más fuerte, ator-
mentadora, como hecha un grito, ante la no realización:

¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron en tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

(«Poemas del hijo»)

... pero no inspirada en un deseo de la carne:

En las noches insomnes de dichas y visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.

(Id.)

... sino de prolongación, porque en ella el hombre ya no es vencido por la muerte:

Y no temí a la muerte, disgregadora impura;
los ojos de él librarán los tuyos de la nada,
y a la mañana espléndida o a la luz insegura
yo hubiera caminado bajo de esa mirada.

(Id.)

Para meditar después, sobriamente:

Mientras arde la llama del pino sosegada,
mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
un hijo mío, infante con mi boca cansada,
mi amargo corazón y mi voz de vencido.

(Id.)

... y regocijarse tras esa visión trágica:

¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!

(Id.)

Ella, la madre frustrada, convertirá su palabra ardiente y dolorosa en tierna y suave, clara como albos vellones, para hacerla canciones de cuna, rondas infantiles, ser la voz de las madres en los hijos de otras, o cuando su emoción se tiende a las cosas pequeñas:

Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

(«Plegaria por el nido»)

Su mirada va hacia la naturaleza, para darle una signifi-
cación humana:

Esta agua es medrosa y triste
como un niño que padece.

(«La lluvia lenta»)

... y decir:

Pinos, calmos graves,
como un pensamiento.

(«Pinares»)

... hablarnos de la encina:

Esta alma de mujer viril y delicada,
dulce en la gravedad, serena en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfumada,
por cuyos brazos mudos trepara un mirto en flor.

(«La encina»)

Y así va poniendo en la montaña, en los árboles, en el pai-
saje todo, un jirón de su espíritu:

La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde
me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.

La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me enconde.

(«Desolación»)

Establecimos que era una alta expresión del dolor, pero no
un dolor caído en la sensiblería, sino fuerte, viril, hecho como a

martillazos, para tornarse a veces, suave, resignado. Este último aspecto se puede apreciar bien en los «Sonetos de la muerte»:

Este largo cansancio se hará mayor un día
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la pesada vía
por donde van los hombre contentos de vivir...

O cuando expresa:

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

(«Coplas»)

Porque, en verdad, su poesía está casi siempre saturada por él. Y así, en versos angustiados la vemos asomarse a la Muerte: con una expresión desoladora, trágica, el pensamiento del Más Allá la hiere y pregunta entonces cómo quedan los suicidas; los que con «un cuajo entre la boca, las sienes vaciadas, los ojos engrandecidos»; cómo entra el alma a los caminos de Dios; y la angustia se hace más atormentadora al palpar lo imposible de volver a encontrar lo que se ha perdido definitivamente, lo que podemos sentir en su poema «Volverlo a ver»;

¿Y nunca más, ni en las noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

Y continúa siempre en la búsqueda inútil;

Me olvidaré de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor.

(«La espera inútil»)

Entonces, como un consuelo, para sentirlo más cerca junto a ella, sueña con forjar un vaso de arcilla, en que se guardan sus cenizas, pensamiento que nos entrega en «El vaso»:

El puñado de polvo, que cabe entre mis manos,
se verterá sin ruido, como una hebra de llanto.
Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano,
y mi mirada inmensa será tu único manto!

Pero la soledad la estruja como un puño cerrado, y porque el sentido de la vida empalidece, habla a Dios en «Nocturno»:

Padre nuestro que estás en los cielos
¡por qué te has olvidado de mí!

.....

Y en el ancho lagar de la muerte
aun no quieres mi pecho oprimir!

.....

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir.

...y sobre la angustia enorme que ha movido el verso, el tiempo resbala para ir apagando su pasión, y lentamente todo lo deslía hasta los rasgos de lo que más hemos amado:

Busco esta noche tu rostro,
palpo mi alma y no lo encuentro

.....

¡y nunca fui más mendiga
que ahora sin tu recuerdo!

(«Coplas»)

... para encontrar, al fin, la paz del espíritu y podemos decir:

Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.

Pero hay algo más que examinar en «Desolación», junto a este triángulo emocional, algo que le va íntimamente unido: es su fervor religioso, que no la desprende de su condición terrena, ya que enfrenta al Señor en forma rebelde. Su poema «Ruego» marca bien esta nota.

Y para dolerse del indiferentismo de los hombres, de su actitud material, su alejamiento de Cristo, nos conduce a una visión realmente medioévica:

¡Garfos, hierros, zarpas, que sus carnes hiendan
tal como se hiende quemadas gavillas;
llamas que a su gajo caduco se prendan,
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!

(«Al oído de Cristo»)

Y Dios va por sus versos, ya como un Cristo sangrante o un Padre a quien se le debe todo en su infinita bondad, un Dios en que uno se duerme «como en cojín de luna», o que aparece profundamente herido. («El Dios triste»).

Algunos han visto misticismo en su obra; otros lo niegan; yo sólo podría decir que, ante todo, es humana, enormemente

humana, y con esto por base no se puede hacer cátedra teológica en la poesía. Además, vendrá el día en que vuelva a exclamar, como en uno de sus «Sonetos de la Muerte»:

¡Tú que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

Entre otras obras poéticas nos ha dado «Ternuras», «Nubes Blancas», y, últimamente, «Tala».

La poesía actual con su amplia libertad de expresión, no sometida ya a la rigidez de los códigos literarios, con su prodigalidad en metáforas, riqueza de imágenes, su simbolismo a veces rayante en la obscuridad, ha creado para más de un poeta un instante crucial en el desenvolvimiento de su verso. A Gabriela le ha alcanzado también este oleaje ultramodernista, y ha considerado necesario adaptarse a él, más que respondiendo a una necesidad espiritual, al deseo de no quedarse atrás en la corriente actual de la poesía. Pero lo que gana su verso en intelectualización, en conocimiento, lo pierde en esa grandeza de emoción tan peculiar en ella.

Dentro de la nueva forma la encontramos en «Tala»; mas, sin desprenderse enteramente de «Desolación»; hay una continuidad de tono, quedan rezagados algunos acentos duros. Es en la primera parte, «Muerte de mi madre», en donde mejor se puede apreciar este aspecto.

En esta obra, el dolor y su mismo fervor religioso aparecen ya más naturalmente enlazados. En este sentimiento religioso hay también caídas de fe, como en «Nocturno de la derrota», para después volver a alzarse y seguir soñando con los caminos de la cruz.

Los poemas de amor desaparecen; en cambio, nos brinda otros con la belleza de una filigrana, como ser «País de ausencia» y «Riqueza»:

Tengo la dicha fiel
y la dicha perdida:
la una como rosa,
la otra como espina.
De lo que me robaron
no fui desposeída:
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida,
y estoy rica de púrpura
y de melancolía.
¡Ay, qué amante es la rosa
y qué amada la espina!
Como el doble contorno
de dos frutas mellizas,
¡tengo la dicha fiel
y la dicha perdida!

Mientras la Naturaleza revive en su voz con más fuerza, más definida, sin unirla ya a estados emocionales íntimos, sino enriquecida en sí misma, más potente y salvaje. Con un vigoroso acento nos encontramos en «Sol de trópicos» y en «Cordillera».

Y sus motivos infantiles no pierden gracia y frescura.

Meciendo a mi carne,
meciendo a mi hijo,
voy moliendo al mundo
con mis pulsos vivos.

(«Dormida»)

Es la Madre de siempre, porque por sobre el dolor y las complejidades que nos tienda la vida, la visión de un niño induce a sentirnos buenos. Y en Gabriela Mistral, junto a sus facetas duras, también concurren otras con blandura de pétalos.

WHINETT DE ROKHA

A los veinte años nos entrega su primer libro de versos, «Lo que me dijo el silencio», en el cual se diseña su sensibilidad poética en trazos sencillos de corte elegíaco, por donde pasan la emoción, el amor y el dolor con cierta opacidad.

Es en su obra «Cantoral», en donde nos presenta su verdadero y nítido acento, ya definido, total y enérgicamente, con una riqueza enorme de simbolismo, de metáforas y de imágenes; con un vocabulario extenso y movido, no dispuesto al azar, sino dando la justa expresión de su pensamiento. Hay, además, en ella un colorido audaz en sus tonos, rojo, gualda, negro, blanco, violeta, azul, que dan mayor fuerza a su actitud creadora.

Porque el creacionismo es para ella como una fuente inagotable, multiforme, que deja ir el verso desde las obscuras raíces del subconsciente a una expresión libre y clara, preñada de sugerencias; y no una pose cerebral, o una bandera de combate contra los viejos moldes.

Hay en sus versos dolor, pero un dolor austero, sin gritos, cuando dice:

Sobre mi cara de alba estremecida
la expectación de las últimas lágrimas,

(«Freud y luna sin ojos»)

El amor pasa, más bien, espiritualizado:

Solo mi corazón
escala como un pájaro la más desnuda
y alta rama del espíritu.

(«Ruego de lágrimas sin fuego»)

...o si no:

...mirándote me conocí, ¡oh! amándote
encontré el evangelio de mi alma
ya cansada de ser.

(«Soneto a la ribera de un álbum»)

... pues el matiz pasional lo roza distancialmente:

Para tu deleite de príncipe egipcio
fui suave, agresiva, voluptuosa...

(«Ley de Moisés»)

...y más allá en otro poema:

Tus rojos y carnosos labios
besan mi pudor desnudo.

(«Vida de Virgilio»)

En la naturaleza y en las cosas pone un gesto de vida,
de materia pensante:

En líneas rectas y amarillas,
la mesa deja caer sus cuatro manos:
sobre la superficie una escalera piensa
mirando el cielo con el pelo erizado.

(«Objetivo infinito»)

Y después la vemos alejarse por los caminos que trazan
una nueva modalidad para los seres que luchan, para los hu-
mildes, para los que no han sabido sino del pan negro de la mi-
seria y su palabra se ha juntado a los muchos que buscan, con
o sin razón, pero en todo caso con una esperanza, el mejora-

miento de la condición humana en las doctrinas de Marx; y es así como su verso toma un carácter social para cantarle a Lenin, a los niños de la URSS, a Rosa de Luxemburgo, a La Pasionaria, con ese fuego intenso de los convencidos o de los apóstoles.

MARÍA MONVEL

Llevaba el verso en sus venas, pero era un verso suave, empapado de amor, de inquietud y de melancolía; en el que todo lo que el sufrir le había dado no se tradujo en una amargura intensa.

Su palabra es transparente y ágil, elegante y armoniosa, respondiendo a un sentir inmanente de la belleza, sin caer en acentos duros o rebuscamientos: sólo espontaneidad, porque en su poesía no va hacia el sentimiento intelectualizado o hacia la intelectualización del sentimiento.

Ya en su primer libro, «Remansos de ensueño», nos encontramos con versos sencillamente emocionados, como «La ciega», o nos traza un paisaje con pinceladas claras, así en «El estero»; y a pesar de que la juventud casi siempre nos brinda una visión risueña de los horizontes, ella trasluce su intuición de la realidad de la vida, en hondos versos como «Yo te pido, Señor».

El amor aparece en ella para marcar su huella dolorosa y dejar en su espíritu el tapiz de la duda:

Pero es en vano que vengas
 hasta mis puertas, amor:
 ¡que no he de abrirte, lo juro:
 porque temo tu traición!

(«Súplica»)

... y entonces acoge a la soledad como si fuera una mano amplia y generosa, haciéndonos su loa en «Elogio a la soledad».

Más tarde, recogemos su ritmo interior en «Así fué», «Sus mejores poemas» y «Últimos poemas». Porque ella comprende:

Mi ser entero es una
inaudita esperanza.

(«Es tenaz mi esperanza»)

...nos dice:

Las penas sufridas no me han amargado,
ni el llanto llorado me ha vuelto más triste.
Soy tal como aquella que tú conociste:
sin amor: la misma con haber amado.

(«Yo miré las horas»)

Como la incomprensión la había golpeado con rudeza y llegará a herirla a través del recuerdo de quien prendiera en su alma una experiencia dolorosa, lo hace sentir en «No entendió», «Mi pensar», «Me pesaba su nombre»; para que después viera un amanecer:

El roce invisible de mi amor perdido,
buscó los caminos de su corazón,
y para escucharle se tendió su oído...
¡Y así fué el milagro de mi último amor!

(«El último amor»)

... y sacudir los desencantos al encontrar un nuevo camino:

Dentro de todo es dulce
vivir como yo vivo
pendiente de tu amor
como un globo cautivo.

(«Versos de amor» 1)

... volverse a sentir plena de deseo, para exclamar:

Yo no soy sino el hilo de un deseo que asciende
de un amor a tus pies como un nudo deshecho!

(«Versos de amor» 9)

... y el amor realizado totalmente, revivirlo sin timideces en su poema «Un cuartito de hotel».

Este sentido amoroso que era tan esencial para ella, adquiere un tinte trágico en su obra «Ultimos poemas», lo que le da más hondura a la vez que el verso alcanza su máxima perfección artística.

Pero detrás de la mujer, está la madre, que nos habla asombrada de su propio milagro:

No sabía que hubiera en mis entrañas
sol, resplandor y oro!

(«Niño»)

El cariño para su hija le hace preguntarse:

¿Eres mi primer hijo
o mi última muñeca?

(«Pensamientos de Otoño»)

Y entonces los juegos de los niños, su afán de enriquecer sus fantasías de leyendas, sus juguetes cobran vida propia y todo lo envuelve en su verso, con ternura.

Pero aquello no le daba serenidad interior: la inquietud, siempre, cuelga sombras en su espíritu:

Suman penas mis nostalgias.
Hace frío, llueve, hay viento.
La vida plena en mi alma
y el corazón descontento.

Lograda, en puño nervioso
la felicidad sostengo.
Mis hijos ríen en coro
y el corazón descontento.

(«Interior»)

Tampoco el amor le era un remanso:

Tu amor no me valdrá
porque a pesar de todo, aquí en el pecho
el corazón inquieto... inquieto está.

(«A pesar»)

Y esta tortura de no encontrarse nunca en sí misma, la llevó, un día, lejos, a viajar a viajar, para ir desgranando en sus versos, «Invitación al viaje», las impresiones recogidas en forma luminosa y pictórica, donde pasan los puertos «con sus azucarillos de casas y sus chocolates de negros», donde «Colón es un lienzo pintado en el suelo por Picasso» y la torre de Eiffel, «una copa de champaña». Y la España es siempre la vieja España, con sus vírgenes engalanadas y sus corridas de toros.

Pero dentro de este kaleidoscopio, lo que la atraía por lo novedoso, cae pronto en una pauta de cansancio. ¿Por qué?

Porque siempre el corazón latiendo
y siempre el mismo latido.

(«Invitación al viaje» 4)

Y aquel corazón descontento un día se apagó para buscarse en las estrellas o vagar pasajero en una nube.

OLGA ACEVEDO

Hay en ella una gran belleza espiritual y una profunda sensibilidad.

En «Cantos de la montaña» palpamos un espíritu ansioso de asomarse a los grandes misterios, de ofrecernos la vieja verdad oriental del conocimiento de Dios, de su búsqueda en nosotros mismos, en la naturaleza, en el viento, en las flores, en todo lo creado. Y esto nos cuenta ya en prosa o en un verso suave.

En «Siete palabras de una canción ausente» no abandona sus complejidades esotéricas; y aunque su horizonte emotivo nos ofrece otros repliegues: su intimidad sentimental, ésta surge amarga, dolorida. Pero su forma de expresión ha cambiado: entra en el verso libre con soltura, hay mayor y mejor adjetivación.

Para traernos después «El árbol solo», donde nos encontramos siempre con su misma angustia:

Si parece que a veces no hay en todos los mundos
una almohada tan frágil para un duelo tan grande.

(«Cilicio»)

o musitando:

No sé con qué palabras desnudarte mi angustia.

(«Delirio»)

Y continúa siendo viajera de otros planos, en donde su espíritu, mediante ejercicios mentales, puede desprenderse de toda cadena material y volver a encontrarse en los rastros de sus vidas pasadas, y sentir más de cerca la presencia de Dios.

Al enfrentarnos con su penúltimo libro, «Rosa del Hemisferio», vemos cómo los caminos internos la han conducido a una completa liberación, sin torturas ni sombras, y hay en su resurrección espiritual un milagro de luz, de alegría y de serenidad. Su poema se torna claro y emocionado, se sale de sí misma para volver su mirada a los otros, los abandonados, con

infinita comprensión; mientras en lo alto de su espíritu ondea radiante o esperanzada su bandera de fe en Cristo.

AÍDA MORENO LAGOS

Esta mujer dulce y triste nos ha abierto su espíritu soñador en su obra «Dolidamente», en la que pasa el amor trizado por la realidad y sólo deja huellas de nostalgia y un surtidor de lágrimas, en un verso sencillo, límpido, claro como todo aquello que va del corazón para ser escuchado por el corazón.

MARÍA ANTONIETA LE QUESNE

Es la autora de «Recodo azul»: una sensibilidad torturada dentro de una envoltura física sin resistencia, con la fragilidad de la escarcha; agudizada por la intuición de una muerte próxima, de un camino corto donde ella sea una sombra entre sombras. Y sus versos, dichos a media voz, están cuajados de esta visión. Siendo toda una posibilidad para nuestra literatura, nos abandonó definitivamente antes de llegar al meridiano de su vida.

MARÍA ROSA GONZÁLEZ

Se inició con «Extasis», libro de un romanticismo anémico. Más tarde nos entrega «Samarita» y «Arco-Iris», versos que traslucen nítidamente un temperamento erótico y una gran riqueza imaginativa; pero la influencia de Juana Ibarbouru es manifiesta en ellos, ya que no logra hacer de su asimilación algo personal: nos dan en general la impresión de lo inconcluso, lo vago o lo poco definido. Y antes de encontrar su propio camino en el verso, lo ha olvidado, para enfocar su sentido artístico en otra rama del arte: la fotografía.

MARÍA ISABEL PERALTA

Alma y cuerpo enfermos, que sólo saben de quebrantamientos y de cansancios, de un miedo de vivir y de la espera de la muerte con serenidad, la cual tiene para ella el inmenso valor de una liberación.

Así fué que agazapada en este marco, pasó por nuestras tierras esta poetisa, dejando su nombre unido a «Caravana parada», versos finos, dolientes y suaves, como trazados con un pincel de crepúsculos.

MIRIAM ELIM

Al igual que la anterior, vino a nosotros, nos dejó el aroma de su juventud en su obra «Ojos extasiados» y se marchó en silencio, para vivir junto a la tierra su último poema.

GLADYS THEIN

Cuando se nace poeta, si bien se tiene el don inmenso de ahondar en campos no intuídos por una modalidad corriente, de recoger las diferentes voces internas y las del mundo exterior, para llevarlas al verso y hacerlas versos, de sentir el espíritu con ropaje de estrellas, de vivir en toda emoción, se lleva a la vez la cruz de una sensibilidad hiperagudizada: todo detalle, todo gesto al pasar a través de su prisma, se descompone en sus elementos primarios y con ellos se multiplican en su valor, en su magnitud; es por eso que el poeta es siempre un espíritu torturado, porque vive lo claro y lo oscuro, lo sencillo y lo complejo, intensamente.

Bajo este Sino se ha forjado también la vida de Gladys Thein. Ya lo demuestra en «Corolas de cristal», su primer libro, que nos deja la impresión de un Yo madurado en el ensueño y en la música interior, porque este mosaico es inherente a su naturaleza.

Con sencillez y transparencia vemos en él la triangulación del amor, el dolor y el desencanto.

El amor quebrado por la incomprensión y las sombras que deja proyectadas en el paisaje íntimo, hacia donde la melancolía ha bajado su ancla:

No me pidas que olvide este cansancio triste
no me pidas que rompa esta malla de angustia;
desde el primer amor, se enredó en los zarzales,
el alma hecha jirones que ya no será nunca!...

(«¡De nuevo!»)

... y todo diluío en un verso aterciopelado, sutil y profundamente sincero, en una edad en que las jóvenes recién han abandonado su última muñeca y trazan su ideal en la estampa de un artista de cine.

Su afinamiento espiritual sigue una línea ascendente para cristalizarse con más totalidad y riqueza en «Horizontes perdidos», conjunto de poemas con pureza de formas y elegancia de estilo, sobriedad en el acento y sensibilidad propia, que nos habla directamente a nuestra emoción. Sin abanderarse aún en escuela determinada, tiene toda la expresión del verso actual por la soltura de su ritmo y la variedad de sus imágenes, en consonancia con la armonía de su espíritu. Porque en esta obra no reaparece una inquietud angustiada, hay una enorme serenidad, todo su sentir se perfila con la suave matización de una acuarela:

Alta, alta de ti, sembradora de estrellas,
mis pupilas suavizan los vértices de sombras,
voy a ti recogiendo las ternuras prendidas
en el dibujo de humo que borraron las horas.

(«Frente a ti»)

...o en «Paisaje de tu nombre»:

Paisaje de tu nombre extendido en mi vida,
donde no hay una sombra que pintara el olvido.

Como cinco veleros anclados a mi rada,
quedan tus cinco letras sujetas a mi oído.

Posteriormente, desde «Atenea» y otras páginas literarias, nos ha ido entregando versos de una plasticidad mágica, dentro de las más puras formas intelectuales, donde el corazón va siendo reemplazado por el pensamiento, aumentando así un caudal de bellezas auténticas, sin perder emoción, porque detrás de este cielo de palomas está siempre Gladys Thein anillada al ensueño y a la música.

* * *

En estos últimos años otras poetisas han ido avanzando por el campo literario, las que me limitaré a mencionar por ser ellas el tema de un estudio posterior.

Victoria Contreras Falcón, profunda e imaginativa; *Lucía Condal*, de gran sensibilidad; *Victoria Barrios*, con sus versos respuntados de alegría y de sol; *María Baeza*, plena de ternuras en sus poemas infantiles; *María Cristina Menares*, robándose las estrellas en un columpio de espuma; *Chela Reyes*, que aparte de ser una gran novelista, en la subjetividad de su verso se nos presenta como un puñado de sugerencias; *Stella Corvalán*, fina y sutil, toda una artista en el verso; *Amanda Amunátegui*, brindándonos ya poemas infantiles de gran colorido, ya versos que toman los caminos metafísicos; *Estela Miranda*, profunda y de gran maduración espiritual; *María Silva Ossa*, con versos que son un delicado encaje; y *Ana María Tagle*, *María Cristina Madrid*, *Patricia Morgán*, *Alejandra Victoria*, *María de la Cruz*, *Teresa Vidal* y otras.

Todas legionarias del ensueño, a quienes el actual sentido de la vida no les ha quitado lo único y grande que nos va quedando: vagar por los caminos del espíritu.